

mente pasase con su columna á las Encartaciones, y á Garcia la de dirigirse hácia el alto Aragón. Respondió Garcia á Maroto que si pasaba á Aragón con sus tropas quedaba abierta la Navarra á los ataques de los cristinos, y sobre todo se veria en gran peligro la ciudad de Estella. Insistiendo Maroto, le hizo saber Garcia que como don Carlos era el general en jefe del ejército, y él no era más que gefe de estado mayor general, antes de emprender una operacion que consideraba desastrosa para la causa del Rey, queria consultarlo con éste. Maroto no se atrevió á insistir más, pero aquella negativa aumentó su odio al general Garcia.

Véase lo que sobre estos acontecimientos dice en una carta Ayerre, secretario del general Garcia.

» Maroto empezó su obra fingiendo una extraordinaria amistad al valiente y leal general Garcia, con la esperanza de atraerle á su partido; pero pronto se convenció de la inutilidad de sus tentativas, pues el general conoció las intenciones de Maroto, y no correspondió á sus exageradas demostraciones de amistad sino con una fria reserva.

» Poco despues de haber tomado el mando trasladó Maroto su cuartel general de Estella á Morantín; el general Garcia estaba en Dicastillo, que solo dista media legua, y todos los dias iba á ver á Maroto, con quien estaba tres ó cuatro horas por complacerle. Garcia esperaba siempre que Maroto hablase de operaciones militares, pero jamas te-

caba este punto, que parecia que debiera ser el que casi esclusivamente ocupase la atencion del general en jefe del ejército,

» Pasó así largo tiempo, con mucho disgusto del general Garcia, que puso su cuartel general en Cirauqui. Apenas llegó á este punto cuando recibió una carta muy amistosa de Maroto, en la cual le rogaba que atendidos sus muchos conocimientos del terreno le propusiese un plan de ataque ventajoso para las armas de don Carlos, tomando en consideracion las fuerzas de ambos partidos, y acababa diciéndole que le contestase inmediatamente. Admiróse en extremo Garcia de ver que Maroto que le habia tenido tanto tiempo á su lado y jamas le habia dicho una palabra que pudiera hacerle creer que pensaba en atacar; le escribiese en este sentido á las pocas horas de haberse separado; sospechó, pues, que este podia ser un lazo, mas sin embargo contestó al momento, indicándole un ataque contra la columna de la Ribera, cuyo éxito parecia seguro, y que en ningun caso podia ser desventajoso para las armas carlistas. Luego que Maroto recibió esta carta le escribió de nuevo, diciéndole que su plan era excelente y que le hubiera llevado á cabo, si algunas noticias confidenciales que acababa de recibir no le hubieran obligado á marchar inmediatamente á Vizcaya. Garcia, que sabia muy bien que en aquel momento nada podia tener que hacer en Vizcaya, conoció que era una astucia dirigida á ocultar sus planes, que se iban haciendo notorios, aun para los menos prevenidos contra él.

»Emprendió Maroto su marcha hácia Vizcaya, dejando á Garcia muy pocas tropas, para que no pudiera emprender nada durante su ausencia, sobre todo teniendo una línea tan estensa que guardar. Aquella noche, escribió Maroto á Garcia desde Alazua, diciéndole que volveria siempre que fuese conveniente para el servicio de S. M., y rogándole que le avisase inmediatamente, si se presentaba la ocasion de hacer alguna operacion ventajosa. Persuadido Garcia de que todo esto no eran mas que palabras, le respondió como su honor le aconsejaba, diciéndole que en su última carta le habia propuesto un plan de ataque que prometia felices resultados, y que todavia se estaba á tiempo de ejecutarle, si queria volver con cuatro batallones; ó que si por razones particulares no le convenia volver, no tenia mas que enviarle los batallones y que con ellos atacaria á Lumbier, de cuyo punto prometia apoderarse en veinticuatro horas. Añadia algunos pormenores sobre la importancia de esta operacion, que proporcionaria medios de dominar el alto Aragon, Maroto no hizo caso alguno de este oficio interesante, y continuó el plan que se habia propuesto.

»A principios de setiembre, desesperado Garcia de ver que se pasaba el tiempo sin conseguir ninguna ventaja para la causa, y convencido de que Maroto no atacaria jamas á los cristinos, ni permitiria que los demas lo hiciesen, resolvió emplear los siete batallones y tres escuadrones de caballería que tenia á sus órdenes, en batir á dos columnas cristinas que operaban entre Pamplona y Lodosa.

Con este objeto pasó el Arga la noche del 18, y el dia siguiente, dió la batalla de El Perdon, en la cual cogió mas de 500 prisioneros, hiriendo gravamente á Alaix. Despues de la acción escribió Garcia á Maroto, dándole parte de ella como gefe del ejército, mas éste le contestó que la gloria militar no consistia en dar una batalla ventajosa, pero cuyo resultado único era el de haberse derramado sangre, y le acusaba de haber obrado con imprudencia.

Al enviar á Maroto el parte relativo á la batalla que acababa de ganar, le decia tambien Garcia que el momento era favorable para apoderarse de Lumbier, y prometia de nuevo tomar aquel punto en veinticuatro horas si Maroto daba las órdenes convenientes para que dos batallones de los que estaban ociosos en otros puntos viniesen á ocupar la Solana, á fin de que él pudiese ejecutar la operacion con los que tenia disponibles.

»Maroto no acusó el recibo de esta comunicacion tan importante, mas desde entonces no ocultó ya su odio al general Garcia, que fué aumentando hasta la muerte de este.

Habiendo llegado Ibañez á Estella el dia 18 por la tarde, fue encerrado inmediatamente en el Puig, y puesto en capilla para ser fusilado dentro de dos horas. Al saber la suerte que le esperaba, el fiel Ibañez conservó toda su serenidad; tomó su cortaplumas, y cortando una pluma con la mayor

calma, escribió á su desgraciada esposa las líneas siguientes:

«Jesus, María y José.

»Puig de Estella 18 de febrero de 1839.

»Querida de mi alma: á las dos horas de haber escrito esta carta, me hallaré ya en presencia de N. S. Jesucristo. Vuelven los tiempos primitivos de la iglesia, y mi Dios se ha dignado concederme la gracia que le pedia hace mucho tiempo de derramar mi sangre por su gloria. Muero inocente y por lo mismo feliz, pues lo espero todo de la misericordia del Señor.

»Cedo en tí todos mis derechos á los pocos bienes que pueden tocarme por muerte de mis amados padres, despues de repartidos con mis hermanos vivos

»Adios; rogaré á Dios por tí. Soy desgraciado en concepto del mundo, però feliz, segun nuestra santa madre iglesia.»

*Luis Antonio Ibañez.*

(9) PAG. 59.

Don Juan José Arizaga, á quien Maroto mandó venir de Valencia, poco tiempo despues de haber tomado el mando del ejército.

(10) PAG. 59.

Poco antes de pasarse á los cristinos, cansado Maroto de las incesantes reclamaciones que se le hacian, y sin duda, para producir un efecto favorable á sus proyectos, mandó imprimir en Durango, lo que llamaba pruebas de la culpabilidad de

los generales fusilados en Estella. Entre estos documentos figuran algunas cartas del general don Francisco García; en que acusaba al general Maroto de estar en correspondencia con el general Espartero; y daba algunos pormenores acerca de este punto; pero como los sucesos le obligaron á terminar su plan antes de lo que pensaba; apenas estaban impresos aquellos documentos cuando los mandó recoger y quemar todos.

(11) PAG 63.

Cuando don Carlos volvió á las provincias de su expedición á las puértas de Madrid en 1837, mandó que los generales Zariategui y Elio se presentasen ante un consejo de guerra; y entre las acusaciones que se les hacian, eran las de haber permitido que sus tropas se entregasen á toda clase de excesos en los pueblos por donde habían pasado, y especialmente en Segovia, donde los soldados no respetaron ni aun las iglesias; haber desobedecido á las órdenes del general Moreno, que era gefe de estado mayor general, y haber precipitado su vuelta á Navarra, abandonando á don Carlos con una debil columna en la sierra de Burgos á pesar de las reiteradas reales órdenes.

Al brigadier Cabañas se le acusaba de haber desobedecido á las órdenes que se le comunicaron, y de haber colocado su caballería al acercarse el enemigo en un desfiladero peligroso y distante tres leguas de la retaguardia del ejército carlista, donde pudo haber perecido todo.

Iturbe, que declaró como testigo ante el mis-

mo consejo de guerra, dijo: «que su opinion era que las maniobras de Cabañas en aquella ocasion, no podian atribuirse á falta de talentos militares, sino á traicion.»

Entre los oficiales que por su conducta en la expedicion habian caido en desgracia de don Carlos, pero que al volver fueron empleados de nuevo, era uno Villareal. No habia disimulado este el odio que profesaba al general Moreno, y como tenia bastante influencia en los soldados, su ejemplo espació la insubordinación en el ejército.

Don Simon Latorre fué separado tambien, porque su conducta en la expedicion habia sido escandalosa, poniendo en ridículo á Moreno y sus órdenes, atacando hasta la persona de don Carlos, y contribuyendo á la desorganizacion del ejército.

La conducta poco mesurada de los que rodeaban al infante don Sebastian, indispuso fuertemente contra él á su tio. Poco despues de haber llegado á Amurrio, se presentó el infante y solicitó ver á don Carlos; estaba éste comiendo, y en vez de mandar que entrara el infante y se sentara con él á la mesa como acostumbraba hacer cuando estaban juntos, le envió á decir que esperase á que tuviera á bien recibirle, y el infante permaneció en la antecámara. Despues de comer se dispuso don Carlos para salir á dar su acostumbrado paseo, y al pasar por la antecámara encontró en ella al infante, que esperaba sus órdenes, y cuyo semblante indicaba descontento. Adelantóse don Sebastian, saludó á su tio, y viendo que es-

te no le decia nada; le preguntó: «¿Ha recibido V. M. noticias de Saltzburgo?» Si; respondió don Carlos; todos están buenos;» y sin decir mas continuó andando. El infante le siguió, y al volver, sin invitarle don Carlos á que entrase en la cámara, le dijo que podia ir á descansar á su alojamiento. Esta frialdad duró muchos dias, pero al fin el infante volvió á ocupar su puesto en la mesa de su tio.

Al llegar á Arciniega, publicó don Carlos la proclama siguiente.

«Voluntarios: vencida y humillada la revolucion, y próxima á sucumbir á vuestros esfuerzos sobrehumanos, ha puesto sus últimas esperanzas en medios dignos de su perfidia para prolongar algunos dias mas su sangrienta existencia. Por fortuna han sido descubiertos sus proyectos y yo sabré contrarrestarlos. Para tomar medidas que puedan poner un pronto término á esta lucha de desolacion y de muerte, y para ejecutarlas, he vuelto momentáneamente á estas fieles provincias; pero pronto me vereis, como hoy me veis aqui, en los sitios adonde me llaman mis deberes. Mi corazon paternal está demasiado penetrado de vuestro heroismo para que renuncie jamás al triunfo, y para que no prefiera, si necesario fuese, morir gloriosamente entre vosotros.»

»Voluntarios: no bastaba la no interrumpida serie de prodigios que componen la historia de vuestras campañas, sino que en los cinco meses que acaban de transcurrir, os habeis escedido á vosotros mismos, y la conducta del cuerpo expedicio-

nario es superior á todo elogio. Solo con el tercio de las tropas que obran de Navarra se han reducido las fuerzas enemigas á un número menor que el de las que tengo á mis órdenes en la estension de mis dominios; habeis vencido á los revolucionarios en las Planuras como en las montañas, con artilleria como sin ella. Huesca, Barbastro, Retuerta, Villar de los Navarros, serán monumentos eternos de vuestro valor. Si la falta de municiones ó la de cooperacion de algun cuerpo, os ha obligado á veces á ceder terreno, habeis hecho pagar al enemigo bien caras estas ventajas momentáneas, y aun en vuestras retiradas, seguidos y no perseguidos por fuerzas dobles, nunca se han atrevido á atacaros cuando les habeis dado la cara, y ni aun han osado hacer fuego á vuestras masas (\*). Sobre todo habeis manifestado á la Europa entera que mis enemigos son los enemigos de mis pueblos, cuya lealtad y amor no pueden ser mayores, cuyo afecto á mi persona y entusiasmo por mi justa y sagrada causa, han provocado la sangrienta venganza de sus opresores, y que esperan que vuestra proteccion les liberte del yugo que les oprime, tanto en Aragon como en Cataluña, asi en Valencia como en las Castillas.

“Sí, voluntarios; no ha dependido ni de vosotros ni de mis pueblos el acabar con la usurpacion en este desgraciado pais, teatro de los crímenes mas

(\*) *Se necesita á la verdad mucha imprudencia para espresarse así al volver de una expedicion en que sus batallones no habian hecho mas que correr á la vista de los nuestros.*

odiosos y de la anarquía que devora á sus habitantes y acabará por devorarse á sí misma. Causas conocidas, pero independientes de vosotros, han prolongado las desgracias de la patria, mas estas van á desaparecer para siempre.

“La esperiencia ha mostrado la marcha que debe seguirse, y las medidas que voy á adoptar llenarán vuestros deseos y las esperanzas de todos los buenos españoles.

“Voluntarios: testigo de vuestro heroico amor, he participado de vuestras privaciones y fatigas, he admirado vuestra resignacion y vuestras virtudes, y quiero ante todo daros un testimonio de mi real satisfaccion. Desde hoy me pongo á vuestra cabeza, y yo mismo os conduciré á la victoria. Preparaos, pues, á coger nuevos laureles, sed dignos de vosotros mismos, y contando con la proteccion de nuestra generalísima, redoblad vuestra confianza con el pensamiento de que vuestro general es vuestro Rey  
Carlos.

“Cuartel general de Arciniega 29 de octubre de 1837.”

(12) PAG. 68.

El 23, en una conversacion que tuvieron en la antecámara de palacio Urbistondo, y una persona de bastante influjo, insistia el primero en la necesidad de una pronta reconciliacion con Maroto, y apoyaba sus argumentos en la ventaja que sacaria Espartero de la desunion que reinaba entre los carlistas para penetrar en las provincias. “No tenemos mas que nueve compañías en Alava, dijo, y 500

hombres escasos para cubrir la Navarra, mientras que en Vizcaya solo hay dos batallones."—"No tema usted nada, respondió L. Espartero no les incomodará á ustedes."—"¿Por qué?" preguntó Urbistondo.—"Porque los planes de operaciones, replicó el fiel vascongado, se han sometido á Espartero y merecido su aprobacion." Poco rato despues salió L. de palacio, y separándose voluntariamente de sus amigos y de su pais, se retiró á Francia.

## (13) PAG. 70.

Aquel mismo dia nombró don Carlos ministro de la guerra al brigadier don Juan Montenegro en reemplazo del duque de Granada de Ega, y á don Paulino Ramirez de la Piscina, ministro de negocios extranjeros. Algunos dias despues nombró á Marcó del Pont ministro de hacienda.

El marques de Valdespina, que desempeñaba el ministerio de la guerra desde el 28 de agosto de 1838, fue reemplazado por el duque de Granada de Ega tan luego como supó don Carlos la muerte de los generales en Estella.

## (14) PAG. 71.

Las personas desterradas por órden de Maroto fueron las siguientes.

El obispo de Leon.

D. Ramon Pecondon, su secretario.

D. Juan Echeverría, presidente de la junta de Navarra.

D. José Arias Tejeiro, ministro de negocios extranjeros.

D. Pedro Alcántara Diez de Labandero, ministro de hacienda.

D. José Lamas Pardo, consejero.

D. José Uranga, teniente general y ayudante de Campo de don Carlos.

D. José Marrasa, general.

D. Basilio Antonio García, general.

D. Lino Antonio de Orellana, oficial de la secretaria de negocios extranjeros.

D. Diego Miguel García, oficial de la secretaria de gracia y justicia.

D. Antonio Suarez, id.

D. Florencio Sanz, primer secretario del ministerio de la guerra.

D. Juan Balmaseda, brigadier.

D. Celestino Martínez de Celis, consejero.

D. Nicanor de Labandero, intendente de ejército.

D. José Tejeiro, gentil-hombre del Rey.

D. Juan José Aguirre, comandante de la guardia real de caballeria.

El coronel Aguirre, comandante del 5.º batallon de Navarra.

D. José Ochoa, comandante de la guardia de infanteria.

D. Antonio Jesus Serradilla, coronel.

D. Lorenzo Solana, id.

D. Sebastian Fabian de las Herrerías, id.

D. Juan José Lasuen, comisario de Guerra.

D. José Aguillo.

D. Antonio Neira, magistrado.

D. Teodoro Gelos, cirujano de don Carlos.

El P. Lárraga, confesor de don Carlos.

El Padre Domingo de San José, predicador del Rey.

D. Ramon Dallo, capellan de estado mayor.  
 El cura del pueblo de Ayegui.  
 D. Joaquin Cadenas, portero mayor de la secretaria de gracia y justicia.  
 El capitán Monge.  
 D. Enrique Yarza; empleado de palacio.  
 D. Roque Fernandez, gefe de los correos de gabinete.

Al mismo tiempo que estos señores fue desterrada tambien la señora doña Jacinta Perez de Soñanes, esposa de don Luis Velasco, presidente de la junta de Santander y mayordomo de semana de don Carlos.

(15) PAG. 91.

Al tomar el mando Guibelalde publicó la proclama siguiente.

«Guipuzcoanos: la mas horrible perfidia habia urdido una trama, que conspiraba á la ruina de la sagrada persona del Rey, y á la de nuestros intereses, y que si hubiera llegado á tener efecto, hubiera colmado el abismo de nuestros males.

«Algunos hombres perjuros, olvidando sus deberes, han abusado de vuestra sencillez é inocencia para entregaros, á pretexto de paz, en manos de vuestros enemigos. Los dos gefes rebeldes, compañeros en las revoluciones de América, y guiados por los mismos principios, son los autores de ese plan maquiavélico, conforme al cual Maroto, ganado por el oro que ha recibido, hace á Espartero dueño de vuestro país, sujetándoos al vergonzoso yugo constitucional de Cristina, contra el cual habeis combatido por espacio de seis años con admiracion del mundo entero, para continuar como hasta aquí siendo gobernados por el de los descendientes de

San Fernando, y para conservar vuestros fueros y privilegios, que por tanto tiempo han hecho la felicidad de estas hermosas provincias. ¿Permitireis ahora que vuestro país sea presa de vuestros enemigos? ¿Os dejareis engañar aun, conociendo ya los medios de que se han valido para arrastraros al abismo? Cese vuestra ceguedad. Guipuzcoano soy yo, como vosotros, bien lo sabeis; con vosotros he empezado esta gloriosa campaña, y con vosotros quiero terminarla combatiendo. Los navarros y alaveses nos dan el ejemplo; unámonos á ellos, y ese enemigo que por la facilidad que se le ha dado ha penetrado en esta leal provincia, encontrará en ella su sepulcro. De este modo es como será sólida la paz. Aseguremos con ella las propiedades y empleos que el Rey ha tenido á bien concedernos, y no del modo que el enemigo nos promete; que tambien las viudas y huérfanos de vuestros compañeros muertos en el campo del honor, serán socorridos por la piadosa mano del Rey y de sus augustos descendientes. No ignorais que S. M. os mira como la mas preciosa joya de su corona. Morir combatiendo con fidelidad, tal es nuestra divisa. *Viva la religion; viva el Rey.*

«Cuartel general de Andoain 31 de agosto de 1839.» = *Guibelalde.*

(16) PAG. 92.

Es la que se halla en el capítulo primero, página 43.

(17) PAG. 101.

Poco despues de haber vuelto de París á las

provincias uno de los agentes de esta comision, un periódico de la frontera, publicó el documento siguiente.

«El decreto de abdicacion que ha redactado la comision de París, y debe presentarse á don Carlos para que la firme dice así.

«Españoles: seis años de desgracias y disgustos de todo género, han fatigado mi espíritu, llenado de amargura mi corazon, y agotado mis fuerzas, á punto de haberme resuelto á trocar por una vida tranquila, la de combates é intrigas que he recorrido hasta aquí. Con este fin, y habiendo oido el parecer de los consejeros de mi corona, he resuelto abdicar espontáneamente en favor de mi muy amado hijo el príncipe de Asturias don Carlos Leon María de Borbon y de Braganza, para que desde hoy en adelante ejerza la soberanía que yo habia heredado, de mis antecesores, conforme á las antiguas leyes, usos y costumbres de la monarquía.

«Ordeno y mando á mis consejeros, prelados eclesiásticos, gefes y oficiales de los ejércitos de mar y tierra, que guarden y hagan guardar esta mi real resolucion, que creo conforme á los decretos de la Providencia, y al interes de mis queridos vasallos.

«Tendreislo entendido, etc.»

(18) PAG. 112.

Se refiere á la que está en el capítulo segundo, pág. 63.

(19) PAG. 118.

El 29, no habiendo recibido don Basilio Garcia respuesta alguna á la carta que habia escrito,

rogó al P. Huerta, general del órden de San Agustín, y á otro eclesiástico, que pasasen á ver á don Carlos y le dijesen, que habiéndose hecho firmar por fuerza á S. M., como todo el mundo sabia, su destierro y el de sus compañeros, habia venido á ofrecerle de nuevo sus servicios. Don Carlos encargó al P. Huerta que dijese á don Basilio que le estimaba mucho, como á todos los demas desterrados, y que cuando fuese tiempo le daria á conocer su voluntad.»

(20) PAG. 130.

Las anécdotas siguientes prueban la determinacion que habian tomado los partidarios del sistema de transaccion, de que Eguía era uno de los gefes principales, de ponerlo todo en práctica, para impedir que don Carlos pudiera sostenerse mas en las provincias.

El comandante de uno de los batallones de Castillá don N. Hernandez, estaba enfermo cuando Maroto entregó su batallon á Espartero, y habiendo sabido lo que ocurría se presentó al general Eguía en Lecumberri; pidiéndole un pase para ir á buscar á su batallon; y prometiéndole que le haria volver á la obediencia de don Carlos. «Aun es posible, añadió, que pueda atraerme algun otro, pues no dejo de tener influjo en los oficiales y soldados.» Eguía no solamente le negó su peticion, sino que le dijo que hubiera debido seguir la suerte de su batallon, le trató de cobarde é indisciplinado, y le mandó que se retirase á Francia.

Muchos gefes y oficiales que por su conocida fidelidad se hallaban tiempo hacia confinados por



orden de Maroto en el depósito de Ordiiz, se presentaron á Eguía y se ofrecieron á servir como soldados en defensa de don Carlos; pero Eguía despues de insultarles de la manera mas atroz, les dijo que se volviesen á su depósito, lo cual era ya imposible, pues las tropas cristinas ocupaban todo aquel pais.

Algunos voluntarios de los batallones de Castilla entregados á Espartero, habian conseguido escaparse del campo de los cristinos, y se presentaron en Elizondo al general Eguía, pidiéndole que les incorporase en otro batallon, añadiendo que no habian tenido parte alguna en lo que se habia hecho y que los habian entregado sin su consentimiento. Eguía se puso furioso, los trató de desertores, de malos soldados, y acabó diciéndoles que los mandaria fusilar si volvian á presentarse delante de él.

(21) PAG. 138.

Véase referido el suceso en una carta escrita por el ayudante de campo de aquel general.

«Muy señor mio: en la mañana del 6 de setiembre último, el capitán general don Vicente Gonzalez Moreno, fue asesinado en la villa de Urdax por algunos soldados del 11.º batallon de Navarra, que se hallaban acantonados en dicho punto.

«Hízose correr la voz de que dicho general pasaba á Francia con algunos cajones de dinero, y con este pretesto, algunos sargentos y soldados le sacaron de su alojamiento entre los gritos de *muerá el general Moreno*, y á pocos instantes despues cayó herido por una bala de fusil, y atravesado con

varios bayonetazos. Inútil fue la serenidad con que se presentó á ellos, asegurándoles que no pasaba á Francia y que únicamente iba á conducir á su esposa hasta la frontera; no le escucharon porque su muerte estaba decidida.

«Aquella misma mañana: el general Moreno habia solicitado y obtenido del gobernador don Fermín Iribarren una escolta de un oficial; el comandante Mendoza la negó al principio, aunque se le pedia de parte del gobernador, pero habiéndose presentado el general, le prometió Mendoza que se la daria. Llegada la hora de marchar, dijo el oficial nombrado para mandar la escolta que no podia acompañar al general, porque las órdenes que acababa de recibir de Mendoza, le abligaban á salir para Zugarramundi.

«En tanto que el comisionado de policia de la frontera Eguilaz estendia el pasaporte para las señoras Moreno, llegó otro oficial encargado de escoltarlas, pero en el tiempo que se perdió en estas disputas, y en estas idas y venidas, cometieron los soldados su infame atentado, (\*) y despues de ha-

(\*) *No entraremos nosotros á examinar, como el autor, quién pudo ser el promovedor de la muerte de Moreno, porque nada nos interesa, y solo diremos que era justo que el asesino de las victimas de Málaga, de los infelices compañeros del general Torrijos, muriera asesinado, pues al asesinato debió su elevacion. Hay una Providencia que tarde ó temprano descarga su justicia sobre el malvado, y no le deja disfrutar impunemente del precio de sus crímenes.*

berle cometido recorrían todavía las calles, gritando: *mueran los traidores; mueran los edecanos de Moreno; viva Elio; muera Maroto.*

«Si un observador imparcial fija un poco su atención en estos gritos, en las dificultades que de propósito se opusieron á la marcha del general y la retardaron, si reflexiona en el conocido afecto del 11.º batallón á Maroto y en la circunstancia de hallarse en la frontera y á media legua de Urdax, el consejero y amigo de aquel don José Manuel Arizaga, si á estas circunstancias añade la de haberse cometido el asesinato en presencia del comandante Mendoza, y sobre todo la de que el rumor de la muerte del general Moreno habia circulado por los pueblos inmediatos algunas horas antes de que se cometiese el crimen, no podrá persuadirse de que aquella muerte fue efecto de la casualidad ó de la insubordinacion de los soldados, sino de premeditacion anterior.

Bayona 14 de octubre de 1839.

Antonio Acena.

— Ayudante de campo del general Moreno. —

FIX.

